

# LA MARIPOSA

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIEDADES.

19 DE ABRIL DE 1825.

Ob Patria si al amago de nueva tiranía  
Sintiese mi entusiasmo, mi sé disminuir,  
Presente de tus hechos à la memoria mia  
Tan solo ese gran paso que diste al porvenir.

JUAN C. GOMEZ.



Y pocos años cuenta aun la  
vida de nuestra joven Patria,  
y sin embargo hay en ella  
muchos dias cuyos gloriosos  
acontecimientos hacen ya famosa su  
memoria.

Ellos ocuparán en la historia pági-  
nas grandiosas, y cada una de ellas se-  
rá un rico diamante que brille en su  
triumfal corona.

Y este esplendor será para la pos-  
teridad, no solo la base del orgullo  
nacional, sino tambien un santo y po-  
deroso estímulo por el cual llegue à  
multiplicar en gran número esos dias  
de gloria, y à conservar intacto su ho-  
nor y dignidad.

Pero entre todos ellos ninguno tan  
grandioso y que mejor manifieste el  
valor y el patriotismo Oriental, como  
el 19 de Abril de 1825.

Nosotros, al recordar aqui sus glo-  
rias, no creemos apartarnos de mane-  
ra alguna de nuestro programa, don-  
de prometíamos hacer en nuestros ar-  
ticulos abstraccion de la política; pero  
si creemos llenar un deber cuyo des-  
cuido no podría perdonarsenos.

Los grandes acontecimientos de un  
pueblo no son el patrimonio de deter-  
minadas personas. Ellos hacen partici-  
pales de su gloria à todos los indivi-

duos que lo componen. Estos la le-  
gan de una en otra jeneracion.

No dejaremos pues pasar inaperci-  
bido el aniversario de un dia, que rea-  
sume en si la idea mas perfecta del  
valor y del patriotismo.

Veintiseis años han transcurrido.

Nuestra Patria, débil aun por las fa-  
tigas que habian producido en ella los  
esfuerzos que hiciera para libertarse  
de la tirànica opresion, en la que la  
habia sumerjido la codicia que ha es-  
citado siempre sus riquezas, pensó en-  
contrar un auxilio en el vecino Im-  
perio.

Mas este, aprovechándose de su  
inocencia, con las maestras ficticias  
de protectora amistad, la impone una  
nueva opresion.

Sus hijos, ó yacian oprimidos sin  
poder levantar sus brazos para enju-  
gar las lágrimas que veian correr por  
las mejillas de su Patria, ó desde el  
lugar de su proscripcion arrojaban so-  
bre ella, una mirada de dolor, de in-  
dignacion.

Y mientras tanto el usurpador bur-  
labase del llanto de la Patria, y viola-  
ba los fueros que aseguraban la tran-  
quilidad de sus hijos.

¡Triste estado de nuestra Patria!

Mas, en los corazones de sus hijos  
se conservaban aun los destellos sa-  
crosantos, que el ànjel de la libertad  
esparciera al remontar su vuelo sobre  
el Continente Americano.

El les indicó entonces el camino  
que tenian que recorrer, para restituir  
à su Patria la libertad, y el bienestar  
à sus hermanos. Este camino era el

de la gloria; su vista no se amedrentó al descubrir tantos escollos insuperables al parecer; no consultaron la impotencia de sus fuerzas, y ardiendo solamente en el deseo de coronar su gigantesca empresa, se lanzan á ella con fé, con entusiasmo.

Treinta y tres Orientales, que en la otra orilla del Plata, jerman en proscripción, fueron los bravos que juraron perecer pero despues de haber tentado un último esfuerzo que la indignación animaba.

Ya surcan sus naves las argentinas ondas. En el murmullo que causaban, en el chásquido de las velas sacudidas por el viento, los treinta y tres héroes creen oír el éco de patrióticas canciones.

El Plata orgulloso sostenía en sus espaldas aquellas naves que encerraban la esperanza de nuestra Patria. El estrellaba festivo en las quillas sus aguas convertidas en blanca espuma. El sol, al reflejarse en ellas, las asemejaba á hermosas perlas, don que el río abortaba de su seno para arrojar sobre las cubiertas de las naves.

Los hijos de la libertad han llegado. La vista de su Patria tan hermosa, que traía á sus mentes recuerdos tan halagüeños, reanima sus animos. La naturaleza, tan pródiga al tributarle sus riquezas, les inspira la idea de la majestad que es necesario restituírle.

Se arrojan á este suelo que los vio nacer, pronuncian el nombre de libertad. Esta voz sagrada encuentra un éco en el corazón de cada uno de sus hermanos; sacuden su opresion, se lanzan á la lucha, triunfan, y el ángel de la libertad, desde lo alto de los cielos, contempla, con divinal sonrisa, una nueva nacion en su dominio.

Hé ahí el resultado del 19 de Abril de 1825. Guardelo nuestra historia como su mayor tesoro; las jeneracio-

nes futuras sepan conservar su unidad.

En ese dia el valiente esfuerzo tus hijos te colocó, Patria mia, en rol de las naciones libres, y disipó nube que eclipsaba la luz hermosa del Sol de tu bandera.

Desde ese dia, el número 55, no lo es una cifra histórica, sino también un talisman sublime que despierta en tus hijos el valor y el heroísmo, otra vez tu hermosura te hiciera cautiva de la bárbara codicia.

Merced á este dia y á otros de menos gloria, te son soportables las desgracias, y de cuando en cuando un grandioso recuerdo enjuga el llanto de tus ojos.

Ha de venir otro tiempo en que esos recuerdos se presenten no para enjugar tu llanto, como hoy, sino para completar la gloria y la dicha que disfrutes. No siempre la sangre de tus hijos manchará tu seno; algun dia desaparecerá para siempre el rostro terrible y espantoso de la guerra, y sonreírás al sentir los dulces resultados de la paz. Si, el Ser Supremo, compadecido al fin de tus acerbos pero heroicos sufrimientos, te enviara ese ángel de consuelo que los ha desaparecido, hasta que se borren sus vestijios.

La juventud que abriga estas esperanzas consoladoras, está dispuesta á no omitir esfuerzo alguno para verlas realizadas.

G. P.  
Abril 19 de 1851.

### REMINISCENCIA.

The heart  
Was dark'n'd with her shadow.  
BROX.

Por qué posó en mis ojos tu mirada  
Queando de pasión en mi agonia?

Por qué si una existencia infortunada  
Derramar en tu pecho no debía?

Otra era tu esperanza, tu destino:  
Y de alegría y de hermosura llena,  
¿Por qué te plugo oír al peregrino  
El monótono canto de su penal

En vano me rodeaste de caricias:  
Empapando mi vida en tu ventura,  
Llenabas mi infortunio de delicias,  
El vacío de un alma de dureza;

Pero de amor, jamás! siempre tu beso  
Buscaba palpitante el labio mío;  
Siempre la irradiación de tu embeleso  
Pudo solo encender mi desvario.

En pago á tanto bien como me diste,  
Por tantas horas de inefable encanto,  
Solo te dejó una memoria triste  
Y me separo de tu amor sin llanto.

Ve amaba otra mujer. El tiempo rudo  
Clavó en mi juventud su zarpa arrada,  
Desgarró el corazón, pero no pudo  
La imájen arrancar allí estampada.

Ve amaba otra mujer. Mientras los días  
Amontonsaban nieve en mi cabeza,  
El ángel de las dulces simpatías  
Abrió con los álas su belleza.

Ella es la imájen que flotó indecisa  
De bienestar en la primer idea,  
En la edad en que al alma una sonrisa  
Sobre la entera creacion pasea.

Quizás un rayo del vivir lejano  
Al pensamiento la alumbró del niño:  
Quizás errante al corazón temprano  
La trajo el ángel del primer cariño.

En el vivió de la inocencia mia,  
En el durmió velada en mi sosiego,  
Hasta mostrarse en mi camino un día  
Para mirarla y conocerla luego.

Que aparecióse á mi cariño incierto  
Como memoria del Eden sentida,  
En las noches de luna del desierto  
Y en las blancas auroras de la vida.

Ella fué mi universo: la mañana  
Siempre en su dicha me encontró pensando;  
Siempre una estrella misteriosa hermana  
Tuvo en la noche para mí brillando.

Siempre un rayo de luz en tu frente clara,

Siempre una sombra negra sus cabellos,  
Flor nacida en la tierra los manchára...  
Solo la flor-del-aire enredé en ellos.

Yo ante sus pasos me lancé sin tino  
Tras de un albergue á su ilusión propicio,  
Yo trepé las montañas sin camino  
Por brindarle la flor del precipicio.

Luego por las orillas de los ríos  
Encaminamos nuestro paso á solas,  
Sus brazos enredados en los míos  
Escuchando el silencio de las olas.

Las aguas la espejaban seductora,  
Cantaban á sus pies en dulce arrullo,  
Le besaban el pie como á Señora  
Y su homenaje revelaba orgullo.

Ah! la paz de mis días fué y mi gracia,  
Mi fresca linfa, mi verdosa palma;  
Sus recuerdos de amor, en la desgracia  
Son el rico tesoro de mi alma.

Ah! qué me has dado tú, tú que me adoras?  
Aparta! aparta! que está en mí su imájen,  
No dejaré acercar las tentadoras  
Ilusiones livianas que la ultrajen.

Ya todo el tiempo arrebató en su huida,  
Mi primavera en nublecio serena,  
Déjame solo caminar la vida  
Rayando un nombre con el pié en la arena.

JUAN CARLOS GOMEZ.

### LA SOTA DE ESPADAS.

(Continuacion.)

Un criado entró trayendo algunos  
libros de parte del príncipe Pablo  
Alejandrowitch.

—Dadle muchas gracias Lisabeta,  
¿adonde corres así?

—Iba á vestirme señora.

—Tiempo tenemos. Siéntate ahí,  
toma el primer tomo y lee.

La señorita de compañía tomó el  
libro, y leyó algunas líneas.

—Mas alto; —dijo la condesa.—  
¿qué tienes? ¿por qué estás ronca? Es-  
pera, acércame esa banqueta... mas...  
bien está.

Lisabeta Ivanovna leyó dos páginas, mas, y la condesa exclamó:

—Tira ese libro tan fastidioso; ¡que hinchazon! Devuélveselo al príncipe Pablo dándole las gracias.... ¿no está listo el carruaje?

—Si sí, ahí está,—respondió Lisabeta Ivanovna mirando por la ventana.

—¿Y tú no estás vestida aun? siempre hay que esperarte, es insoponible.

Lisabeta corrió a su cuarto, pero apenas había dos minutos que salió de la sala, cuando la condesa tiró de la campanilla con toda su fuerza; sus tres camareras entraron por una puerta y su ayuda de cámara por otra.

—¿No oís que os están llamando? exclamó la condesa,—que vayan a decir a Lisabeta Ivanovna que la estoy esperando.

En el mismo momento se presentó la joven con un vestido de paseo y un sombrero.

—¡Ah! ya estás aquí, ¡gracias a Dios!—dijo la condesa.—Pero ¿qué vestido te has puesto? ¿Cómo está el tiempo? ¿hace frío, no es verdad?

—No, madama,—dijo el ayuda de cámara,—al contrario, el tiempo está hermosísimo.

—Nunca sabéis lo que os decís. Abrid un poco los cristales.... ya lo decía.... un aire atroz, un frío glacial; que désenganchen, ya no saldremos. Lisabeta; no valía la pena de haberte engalanado así.

—¿Que vida!—dijo para sí la señorita de compañía.

En efecto, Lisabeta Ivanovna era una criatura bien desgraciada. La condesa no era malvada en el fondo pero tenía todos los caprichos de una mujer mimada por todo el mundo; era avara, personal y egoísta, como que hacía mucho tiempo que había dejado

de representar un papel en la sociedad. Nunca faltaba a un baile donde se la veía de tiros largos vestida a la moda antigua y metida en un rincón de donde no se movía; todo al entrar, iban a saludarla profundamente pero concluida la ceremonia ya nadie se cuidaba de volverla a dirigir la palabra. También daba baile en su casa, a los que asistían lo principal de la ciudad, observándose la etiqueta con el mayor rigor. Sus muchos criados empolvados en la antecámara no hacían mas que lo que se les antojaba, y su casa estaba en el mayor desorden como si ya la muerte hubiese entrado en ella. Lisabeta Ivanovna pasaba su vida en un suplicio continuo. Cuando servía el té siempre la condesa tenía que decir algo sobre el azúcar; si leía novelas, la hacía responsable de todas las tonterías de sus autores, en una palabra, hasta cuando acompañaba a la noble señora en sus paseos, tenía que cargar con la culpa del mal piso ó del mal tiempo. Nunca la pagaban con exactitud su corto salario, y exijían que se vistiese «como todo el mundo», es decir como muy pocas personas. En sociedad, su papel no era menos triste. Todos la conocían, pero nadie la trataba; en el baile, bailaba únicamente cuando hacía falta una pareja; las señoras iban a buscarla y se la llevaban de la mano fuera del salón cuando tenían algo que arreglar en sus prendidos. Lisabeta que tenía su amor propio, se lamentaba profundamente de la miseria de su posición, y esperaba con impaciencia un libertador que rompiera sus cadenas, pero los jóvenes, muy prudentes en medio de su afectado atardimiento, se guardaban muy bien de honrarle con sus atenciones, y sin embargo Lisabeta era cien veces mas bonita que todas las

señoritas descaradas ó estúpidas a quienes rendían sus homenajes. Mas de una vez, saliéndose callandito del lujoso salón, se había ido a encerrar sola en su cuarto adornado con una alfombra remendada, una cómoda un espejito y una cama de madera pintada, y allí lloraba a sus anchas a la luz de una vela de sebo puesta en un candelero de latón.

(Continuará.)

## ORIGEN DE LOS AMERICANOS.

(Conclusion.)

—Que él mismo iría a llevarle la respuesta, y que no se admirase si al verificarlo llevaba un ejército, porque esta era la costumbre de los soberanos del país.

Pizarro sospechó los designios del Inca, y conociendo que al fin sería preciso venir a las manos, ordenó su pequeña hueste y siguió su buen camino en buen orden de guerra, confirmandose a cada paso en sus sospechas al ver los corredores indios que venían sin cesar a explorar y reconocer el ejército.

En Caxamarca empezaron a avistarse las tropas del emperador, y los españoles contemplaron asombrados y recelosos aquella muchedumbre que pasaba de cuarenta mil hombres, adornados con distintos trajes, guardando cierta regularidad en el orden y manejo de sus armas y marchando al son de instrumentos de guerra. No obstante, cuando descubrieron la rica litera del Inca, guarnecida de láminas de oro y llevada por personajes adornados de oro y pedrería cual si fuesen soberanos, cuando comprendieron, en fin, que de aquella jornada no podía

menos de resultarles gloria y riqueza, el que mas y el que menos ansiaba que se viniese a las manos. Pizarro, conociendo que un golpe de fortuna podía hacerle dueño a poca costa de tan vasto imperio, dispuso su pequeño ejército en orden de batalla, embosco los arcabuceros en un sitio en que fuese aun mas sorprendente el efecto de las armas de fuego y apresto la caballería para cargar a la menor señal.

Razones de política y de prudencia aconsejaban como preferibles los medios amistosos, y Pizarro creyó de su deber salir al encuentro del Inca y hacerle el debido acatamiento. Adelantose acompañado del misionero Valverde y de solo catorce hombres escogidos entre los de buen temple; pero el emperador, conforme se había sospechado, no quiso avenirse a ningún convenio, ni reconocer al rey de España y menos pagarle tributo, porque había llegado allí para hacer entender a aquellos audaces extranjeros que despues de los dioses no había en el mundo mas soberanía que la suya. Como Valverde le hablase en nombre del Dios verdadero, manifestándole abierto el libro de los evangelios, el Inca, que ni quería, ni podía entender sus palabras, tomó violentamente el libro de manos del misionero y le arrojó contra el suelo con despreciativo ademán. Esta acción fué como la señal del combate: los españoles empezaron a retirarse indignados hasta encontrarse protegidos por los suyos, y entonces se generalizó la batalla. A pesar del efecto de las armas de fuego, de los ataques de la caballería y de la táctica superior de los españoles, se hallaban estos en grandes apuros envueltos por aquella multitud de indios que se sucedían sin cesar, cuando Pizarro, conociendo que todo pendía de la suerte del Inca, atacó decididamente

te à la guardia que escoltaba las andas; pero aquellos leales vasallos, obstinados en una heroica resistencia, caian gustosos à la vista de su soberano, y solo por encima de sus cadáveres pudo llegar Pizarro hasta el emperador, à quien hizo prisionero.

La desgracia del emperador no solo decidió la victoria à favor de los españoles, sino que puso término à la resistencia que estos pudieran encontrar, y les hizo dueños de sus riquezas y de su imperio, puesto que el consernado monarca prometió à Pizarro cuanto este quiso exigir. Su muerte, acaecida mas adelante, no fué ocasionada por inhumano alarde de crueldad por parte de los vencedores, sino por la dificultad que estos tenían en custodiarle en lugar seguro contra las tentativas que sus parciales hacian para libertarle, y mas que todo por el despecho que se apoderó de los españoles al saber que el Inca, lejos de cumplir lo pactado, habia mandado arrojar sus tesoros en los lagos mas profundos.

Por espacio de cuatro años, sin embargo continuó esa crudísima guerra, tan divina como poéticamente descrita en la *Araucana* del inmortal Ercilla.

(G. del C.)

### LA NIÑA CRISTIANA.

(Conclusion.)

—«Deja este Claustro, prosiguió M. de M... vuelve al lado de tu madre; y tu verás si tu padre es digno de ti.»

Una lágrima asomó en los ojos del anciano; y se levantó.

—«No debo decirte mas. Tu me has adivinado hija mia: el porvenir de todos nosotros está en tus manos: tu decision determinara la mia.»

Se retiró dejando à la jóven en un profundo ajitacion. Ella volò à la Iglesia; y su plegaria fué interrumpida por este pensamiento:—«Dejar el habitò! abandonar à mis hermanas; soledad!...»

Ah! madre mia!... y cayó en un nuevo en esa vaga inquietud que no permite tomar una resolucio.

Pidió permiso para pasar la noche delante del S<sup>mo</sup> Sacramento, y se lo concedieron. Allí en el silencio, y en la soledad, esperò durante largas horas, la voz interior que en las solemnes fiestas del monte Valeriano le habia dicho:

—«Ven à mi.»—

Pero esta voz divina le respondió esta vez.—«Yà te dejo en libertad tu mision te llama à otra parte.»

La mañana siguiente depositó en el seno de su Director el Secreto que la oprimia. Este despues de darle consejos oportunos le ordenó que los sometiese à la Superiora del Convento.

El Domingo siguiente M. de M... se presentó de nuevo en el Locutorio.

Estaba inquieto, y casi suplicante. Clemencia se acercó à la reja que los separaba, é inclinandose ante él, le dijo:

—«Padre mio! estoy pronta à seguir: pero me conducires à casa de mi madre, y ya no la abandonaremos mas ¿no es verdad?»

—«No! esclamó M. de M... no; no la abandonaremos mas! Angel de paz! tu eres quien nos reunes; tu que has sufrido tanto à consecuencia de nuestras divisiones... Yo soy el único culpable, y no quiero ya pensar mas que en mis faltas para repararlas.—¿No me aborreces Clemencia?»

—«Mi madre, respondió esta con vivacidad, me ha enseñado à respetaros siempre.»

—«Los dos la amaremos juntos; y tu obtendras siempre de ella mi perdón. Ven pues, hija mia, ven à ser el consuelo de nuestros últimos dias, y à gozar de tu propia obra.»

Clemencia tuvo en efecto la satisfaccion bien dulce para un corazon co-

mo el suyo, de reunir à sus padres. Desde ese dia se la vió orar siempre en medio de ellos, y dar al mundo, à donde habia vuelto con pesar, ejemplos sublimes de todas las virtudes cristianas.

### A LOS 33.

La patria al extranjero sometida  
Que la guardó cual májico tesoro,  
En vano al cielo dirigió su lloro,  
Para pedir la libertad perdida;

Su frente que elevàra antes erguida,  
Al mirar su grandeza y su decoro,  
Hoy que contempla sus cadenas de oro,  
La baja mustia, languida, abatida.

Mas de sus hijos en los bravos pechos,  
Gravado existe su divino nombre,  
Y la justa razon de sus derechos.

Y en un héroe tornándose cada hombre,  
Treinta y tres Orientales se lanzaron  
A la lucha, y la Patria libertaron.

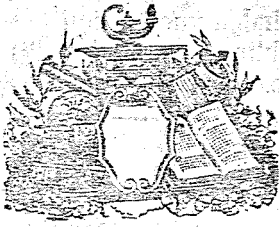
F. FERREIRA.

Abril 19 de 1851.

---

**VARIEDADES.**


---



CUENTO QUE REFERIA UN SOLDADO ANDALUZ  
A SUS AMIGOS.

Cerca de San Sebastian  
estaba de centinela  
sin temor y sin cautela  
la vispera de San Juan:

Cuando observé à poco trecho  
un toro como un gigante  
mas grande que un elefante  
que vino hàcia mi derecho;

Yo que en peligro me vi,  
me colé por un reducto  
y por el mismo conducto  
entró el toro tras de mi.

Salgo del reducto y ¡zas!  
en una casa cercana  
me metí por la ventana  
y el toro siempre detrás.

De la casa sin desdoro,  
aunque el caso no se crea,  
sali por la chimenea,  
y siempre detrás el toro.

¿Qué hice entonces? me encoji  
y me metí en el cañon  
de mi fusil

Uno.—Trapalon!

Soldado.—Y el toro detrás de mi.

Mas no por eso aturdido  
quise entregarme, lo juro;  
cuando me vi en tal apuro  
me sali por el oido.

Uno.—¡Valgame Cristo que enredo!

Otro.—¿Pues cómo, voto à Caifas,  
no salió el toro detrás?

Soldado.—Porque tapé con el dedo.

—  
Las dos palabras mas cortas de pro-  
nunciar *si* y *no*, son las que exigen un  
mas maduro y detenido exámen.

*Pitágoras.*

—  
Los viajes en pais extranjero for-  
man parte de la educacion en la ju-  
ventud, y en la edad madura consti-  
tuyen una parte de la esperiencia.

*Bacon.*

—  
Muchas veces nos enfadamos contra  
los desgraciados para dispensarnos de  
compadecerlos.

*Vauvernaques.*

—  
ADVERTENCIA.—Se reciben suscripciones y  
se venden números sueltos de la MARIPOSA en  
la redaccion calle de Sarandí número 71. A la  
misma casa pueden dirigirse los comunicados.